

EDUARDO HARO y JOAQUÍN AZNAR

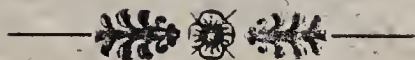
La loca ambición

NOVELA ESCÉNICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN CUATRO CUADROS, EN PROSA, ORIGINAL

MÚSICA DEL

MAESTRO QUIJANO



Copyright, by E. Haro y J. Aznar, 1918

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

—
1918

2

**JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO**

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. HORRAS

N.º de la procedencia

4197.

LA LOCA AMBICIÓN

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

LA LOCA AMBICION

NOVELA ESCÉNICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN CUATRO CUADROS, EN PROSA

original de

EDUARDO HARO y JOAQUIN AZNAR

MÚSICA DEL

MAESTRO QUIJANO

Estrenada en el TEATRO DE NOVEDADES el 13 de Marzo
de 1918



MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.

TELÉFONO, NÚMERO 551

1918

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

MARÍA.....	SRTA. BONASTRE.
CRISTINA.....	SRA. MOLINA.
RAQUEL.....	SRTA. CORTÉS (P.)
AMELIA.....	GIBÓN (L.)
SEÑORA ISABEL.....	SRA. ROMERO.
MADAME MONESTIER.....	
OFICIALES DE LA GUARDIA,	SRTA. GIRÓN (P.)
	DE LA VEGA.
	BERMEJO.
	CORTÉS (T.)
	CORTÉS (M.)
	CORTÉS (A.)
	CAIZADO.
	RAMÍREZ.
MIRALLES.....	VICENTE APARICI.
EL PRÍNCIPE GUILLERMO....	SR. GUILLOT.
EL SECRETARIO.....	GÓMEZ-BUR.
PIERROT.....	LOPETEGOI.
RAFAEL.....	AZNAREZ.
CARLOS.....	ALARES.
LUIS.....	VEGA.
EL GENERAL.....	GONZÁLEZ.
MONSIEUR DUBLONT.....	CODORNIU.
UN OFICIAL.....	TOHA.

Máscaras, un gendarme, militares, etc.

La acción de los cuadros 1.º y 2.º en Madrid; la del 3.º en un país imaginario y la del 4.º en París.

Derecha e izquierda, las del actor

Los autores se complacen en hacer constar su agradecimiento a todos los artistas mencionados en este reparto, por su excelente trabajo y en especial a Vicente Aparici, afortunadísimo en el tipo de *Miralles* y muy acertado como director de escena, labor en la que puso tanto entusiasmo como inteligencia.



ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Modesta habitación en una casa de vecindad. Puerta y ventana practicables al foro; ambas dan a un corredor de la casa. A la derecha, dando frente al público, una máquina de coser y sobre ella un quinqué pequeño encendido y una llave. En el foro izquierda una cómoda con una jarra que contiene un ramito de violetas. Varias sillas. Al lado de la máquina, sobre una silla, dos lujosos capuchones de máscara y dos antifaces negros. Sobre la cómoda cartas de barajas.

ESCENA PRIMERA

MARIA, RAQUEL y AMELIA

María cose en la máquina. Dentro se oye el canto y el bullicio de unas máscaras que pasan

Música

Máscaras (Dentro.)

¡Carnavall
¡Que tus locos cascabeles,
bulliciosos al sonar,
a las almas lleven ansias
de gozar!
¡Carnavall

(En la puerta del foro unos golpecitos precipitados.)

Hablado

- Amelia** (Entrando.) ¡Ja, ja, ja! Venimos muertas de risa.
- Raquel** ¡Esto es divertidísimo!... ¡Ir al baile sin que nadie se entere!... Una escapatoria de colegialas o una aventura bohemia...
- Amelia** ¿Están listos los capuchones?
- María** Cuando ustedes llamaban terminaba yo la última costura.
- Raquel** Lindísimos... ¿Quién será capaz de descubrirnos?
- Amelia** Y si se enteran nuestros amantes, tenemos la disculpa de que se trata de una broma de Carnaval.
- Raquel** De un bromazo que les damos en compañía de unos amigos de ellos.
(Se ponen los capuchones mientras sigue el diálogo.)
- Amelia** (A María.) ¿Usted no va al baile?
- María** Ya me gustaría... ¡Tengo una ilusión por ir a un baile de máscaras!... Pero una no ha nacido nada más que para trabajar, una no es señora como lo son ustedes.
- Raquel** ¡Señoras nosotras!... ¡Cómo se conoce que estamos en Carnaval!
- Amelia** El sereno se habrá cansado de esperarnos.
- Raquel** ¡Siga la aventural... Adiós, Maruja... Parece que se ha puesto usted triste.
- María** Es envidia, no lo niego.
- Amelia** Dígale usted a su novio que la lleve al baile.
- María** ¡Pobrecillo!... Es un estudiante sin dos pesetas.
- Amelia** Vamos, Raquel.
- Raquel** Bajaremos de puntillas...
- Amelia** Y sin escandalizar con tu risa estrepitosa.
(Salen.)
- María** ¡Que ustedes se diviertan!... (Viéndolas marchar.) ¡Para esas es la vida!

ESCENA II

MARIA sola

(Dando luz al quinqué.) ¡A ver si vas a cansarte de alumbrar antes de que el sueño me cierre los ojos! (Se dirige a la cómoda y saca ropa blanca de uno de los cajones.)

ESCENA III

MARIA y la SEÑORA ISABEL

Isab. (Asomándose por la ventana desde la parte de fuera. Es una vieja echadora de cartas.) ¿Todavía trabajando, nena? ¡Lástima de manitas! Cubiertas de pedrería habrían de verse y no pico-teadas por la aguja...

María Hola, señora Isabel. ¿Tan tarde vuelve usted a casa?

Isab. ¿Qué quieres, hijita? Tuve que ir en socorro de una gran señora herida de mal de amores, por si las cartas la aliviaban de una maligna duda que la apuñalaba el alma.

María ¿Pero las cartas dicen la verdad?

Isab. Como las estrellas del cielo, cuando en ellas se sabe leer.

María Aun tengo las cartas sobre la cómoda, extendidas como usted las dejó esta mañana antes de marchar yo al trabajo.

Isab. Bien haces en tenerlas al alcance de tus ojos, que sólo alegrías y bienestares te dicen: Oros, dinero, y luego otra vez dinero, y después dinero.

María Y frente a lo que usted dice, frente a lo que las cartas anuncian, ésta (Por la máquina de coser.) me está diciendo que el trabajo me aguarda, que mi vida no puede ser otra que la vida perra de las que como yo han nacido en la pobreza y andan solas por el mundo, ¡Esta sí que dice la verdad, señora Isabel; ésta sí que no engaña!

Isab. Allá tú... ¿Quieres darme la llave de tu cuarto?

María (Dándosela.) Hasta mañana, señora Isabel.

Isab. (Haciendo mutis.) ¡Lástima de manitas!... Manojitos de jazmines que se secan en el perro trabajo.. ¡Ellos que podrían perfumar bocas de príncipes!... (Se va.)

María (Alzando otra vez la torcida del quinqué.) Un poco de aguante, amigo mío, que aun quedan dos horas de faena. (Se sienta y cose.)

ESCENA IV

MARIA y CRISTINA

- (Llaman a la puerta unos golpes precipitados.)
Dirigiéndose a abrir la puerta.) ¿Quién?...
- María** (Dentro.) ¡María!... ¡María!...
- Cris.** La Cristina... ¿Qué querrá esta loca? (Abre y entra Cristina, una modistilla graciosa, entre ingenua y picaresca, de inquietos movimientos y precipitado decir; se presenta con las manos a la espalda para ocultar un ramo de flores y una caja de bombones.)
- María** (Con misterio.) ¿Estás sola?
- Cris.** Ya lo ves.
- María** Te traigo una sorpresa; es decir, dos sorpresas; mejor dicho, tres... Bueno, muchas sorpresas... ¡La suerte de algunas mujeres!...
- Cris.** ¿Ves estas flores?... (Presentándole de pronto el ramo.) Güélelas... ¡Gloria bendita! (Presentándole la caja de bombones.) ¿Ves esta caja?... Bombones... pero de los finos... ¿Ves esta carta? (Sacando una del pecho.) De él, del Marqués, como yo le llamo... (sonando dinero en el bolsillo del delantal.) ¿Oyes?... Dos machacantes... Las flores pa ti, los bombones pa ti, la carta también pa ti... Los machacantes son míos...
- María** Pero ¿es que has visto a ese hombre?
- Cris.** Al salir esta noche del obrador, con lo primero que tropezaron mis ojos fué con él, con el Marqués... Me ve, se acerca, me saluda, pero me saluda quitándose el sombrero, no vayas a creerte... Lo cual que yo, pasándome de fina, le dije «cúbrase ustez», y me colé, porque cuando se lo dije ya se había encasquetao el hongo... Conque el hombre se destapa. (Destapando poco a poco la caja de bombones.) se destapa y se arranca hablándome de ti, de lo chiflado que está por ti, de la pena que le da el que andes a bofetás con el hambre, de que nada te faltaría a su lado... ¡Qué hombre!.. ¡Qué bien habla!... ¡Qué corazón el suyo!... (Por el bombón que come.) De crema... Total, que me cargó con las flores, los bombones y la carta pa que te lo trajera to, me soltó los dos pavos y yo

apreté el paso caminito de casa, pensando que eres tonta de capirote si desprecias a un hombre como ese por el cariño a palo seco de un estudiantucho... (Comiendo un bombón.) Vainilla...

María ¡Acabaréis por volverme loca!... Mira, Cristina, a ti puedo decirtelo todo, porque tú eres una buena amiga, porque sé que me quieres bien...

Cris. Habla, habla; (sin cesar de comer bombones.) aunque me veas entretenida, te oigo.

María Ese hombre va a ser mi perdición. Quisiera no pensar en él, y para él son todos mis pensamientos; quisiera no verle, y a todas horas le tengo delante de los ojos... Y esto no es cariño; mi cariño es de Rafael... Es otra cosa, una cosa muy rara que no sé explicar, algo que me empuja hacia él... No lo sabe nadie, Cristina, pero yo sufro mucho, yo me muero de rabia amarrada al trabajo... Yo he soñado muchas veces con ser rica, con llevar el lujo que otras mujeres llevan, con que me admiren y me envidien, con gozar de la vida...

Cris. Pues to eso lo puedes tener con el Marqués. Y además, automóvil. ¡Cuándo llegará el día en que me ofrezcan a mí aunque no sea más que una bicicleta!

María Pero ¿y Rafael?

Cris. No te preocupes. Piensa en que ese hombre debe ser millonario. ¡Con decirte que hasta un diente lo tiene de oro!

María Déjame, Cristina. No quiero oír hablar más de ese hombre, ni quiero nada de él. Le tengo miedo... Ya te estás llevando todo lo que has traído.

Cris. En seguidita... corriendito... Las flores, aquí. (Poniéndolas en el jarro.) Tiraré esta miseria. (Por las violetas que había en el jarro.)

María No las tires; me lo ha regalado Rafael.

Cris. Diez céntimos. (Por el ramo.)

María El pobre hace lo que puede; todas las mañanas me trae uno así.

Cris. Diez céntimos todas las mañanas; a ver si te ha tomado por el gato. (Dando la carta a María.) Abrela, mujer; por leerla no pierdes nada... ¡Ay, qué pachorra! ¡Con las veces que he tenido que contenerme para no

romper el sobre y leerla!... Bueno, ya te dejo... (Medio mutis y vuelve.) Yo que tú la leía.. Hasta mañana... (Otro medio mutis) Voy a coger un clavel... ¡Mira qué claveles cuando está nevando!... ¡Hay que ver!... ¡Cómo me gustan los hombres que regalan imposibles!... (Ya en la puerta.) ¡Que la leas, mujer! que la leas!... (Sale; la puerta queda entornada.)

ESCENA V

MARIA

¿Y por qué no leerla?... ¿Qué mal hago con leerla?... (La abre.) ¡Pues no estoy temblando!... (Pasándose una mano por la frente.) ¿Cómo empezará? Con mi nombre, de seguro: «María... Ha de saber usted...» (Mirando la carta.) Nó, pues no empieza así... (Leyendo a media voz, con emoción.) «Amor mío...» (Asustada.) ¿Amor mío?... (Levantando la torcida del quinqué.) No se ve... Sí, eso dice... «Amor mío... He de llegar hasta usted y arrancarla de esa vida miserable que arrastra.. Quiero hacer de usted la reina de mis amores y de mi fortuna, modistilla encantadora...» (María suspende bruscamente la lectura y se vuelve con rapidez hacia la ventana.) ¿Quién anda en la ventana?... (Se apaga la luz del quinqué y queda la escena a oscuras.) ¡Dios mío!...

(Se abre la ventana y en ella se destaca la figura de un Pierrot blanco con el antifaz puesto. Por la ventana entra la luz de la luna, que ilumina la figura de Pierrot, la de María y una parte de la escena. María queda absorta, como presa de una alucinación. Así permanece mientras Pierrot canta.)

ESCENA ULTIMA

MARIA y PIERROT

Música

Pierrot

(Desde la ventana.)

Modistilla encantadora,
la de plácido mirar;

Colombina hecha de rosas,
flor de ensueño y de ideal.
Hoy Pierrot llega al pie mismo
de tu alegre ventanal,
por si de él cortar le dejas
una rosa pasional.

Alfombra de plata,
la luz de la luna
tiende ante tus plantas
su blanco fulgor.
La noche nos brinda
placeres soñados.
¡Ella puso flores
en mi corazón!
Tú harás, Colombina,
que en noches de luna
viva sus ensueños
tu amante Pierrot.

Hablado

Pierrot (Entrando por la ventana y dirigiéndose a María, decidido y apasionado.) María... Amor mío... No tengas medio... ¿Leíste mi carta?

María ¡Usted en mi casa!... ¿A qué viene usted?

Pierrot Es el amor que viene a salvarte. Ya no se marchitará tu belleza en el trabajo de todos los días, en la faena de todas las noches... Vamos, María...

María ¡No sé resistirme!... ¿Por qué ha despertado usted en mí la ambición?

(Recitado sobre la música.)

Pierrot (Llevándose abrazada a María hacia la puerta de foro.) Porque quiero hacer de ti la reina de mis amores y de mi fortuna, modistilla encantadora...

(Salen por la puerta de foro. A la luz de la luna se les ve pasar por la galería a la que da la ventana. En la orquesta se inicia muy piano el motivo de la canción de Pierrot, mientras éste y María se alejan y cae lento el telón.)

CUADRO SEGUNDO

Un trozo de la sala de un teatro en noche de baile de máscaras. Se ven algunos palcos en el fondo. El suelo cubierto de confetti. Mucha luz.

ESCENA PRIMERA

RAFAEL, CARLOS y LUIS. Grupos de máscaras y concurrentes al baile

Al levantarse el telón, los tres personajes citados forman un grupo en primer término izquierda; por la escena cruzan parejas de máscaras

Música

Máscaras

¡Carnaval!
¡Que tus locos cascabeles
bulliciosos al sonar,
a las almas lleven ansias
de gozar!
¡Carnaval!

ESCENA II

RAFAEL, LUIS y CARLOS. Máscaras que cruzan la escena

Hablado

Luis Pero ¿queréis decirme por qué no bailamos?

Carlos Yo porque no me atrevo.

Luis Decididamente no hemos soltado el pelo de la dehesa; somos demasiado pueblerinos.

Carlos Y se nos conoce; antes me acerqué a una mascarita y huyó riendo y diciendo a gritos mientras me señalaba: ¡Este es de Tembleque!

Luis (A Rafael.) Y a ti, ¿que es lo que te pasa, Rafael? Porque, chico, tu aburrimiento llega a la melancolía; estás triste, apesadumbrado.

Raf. Si digo lo que me pasa os vais a reír.

- Carlos** Pues, hombre, dilo, dilo en seguida, porque nos está haciendo muchísima falta reirnos, divertirnos un poco, aunque sea a tu costa.
- Raf.** Me pasa, que me remuerde la conciencia, porque mientras yo estoy en el baile, mi María, mi pobre modistilla, estará trabajando. ¡Nunca me perdonaré esta traición!
- Luis** Culpa de ella a Miralles que nos ha traído al baile a la fuerza.
- Raf.** Miralles nos subyuga, nos domina, nos zandea a su antojo. Esta noche nos ha traído al baile para que nos divertamos, y resulta que el único que se divierte es él; no ha cesado de bailar en toda la noche.
- Carlos** Y bailando continúa. Miradle.

ESCENA III

DICHOS, MIRALLES y UNA MASCARA, una mujer gorda disfrazada de gendarme. Miralles lleva disfraz de diablillo rojo, con cuernos y un rabo largo que recoge sobre el brazo. Entran bailando cómicamente

- Mir.** (Cantando con música del «Vals de los besos».)
«¡Dámelo, dámelo, dámelo!...»
- Carlos** ¡Hombre, Miralles, que estamos aquí!
- Mir.** (Dejando de bailar.) No asustarse; si lo que digo que me dé es un duro que le he pedido antes. «¡Dámelo, damelol!...» Nada, no hay manera... Este gendarme no dice ni pío. Me tiene escamado.
- Luis** No te quejarás, Miralles, buena pareja te llevas.
- Mir.** Dirás media pareja... El otro gendarme se ha quedado en el ambigú enredado con un pollo: lo estaba triturando. (A la Máscara.) Mujer, dí algo, con confianza; estos son buenos chicos, compañeros de Universidad, tan amigos, que a cualquiera de ellos le pido ahora mismo dos duros y no titubea...
- Carlos** No titubeamos, te lo negamos en el actc.
- Mir.** ¿Qué oigo?... ¿A mí?... ¿A Miralles?... ¿A vuestro fiel y escrupuloso administrador?... ¡Oh, ingratitud humana!... ¿Por quién sino por mí estais esta noche en el Real corriendo un juergazo loco? ¿Quién sino yo ha empeñado tu Derecho mercantil (A Carlos.) para

alquilar el frac tuyo? (A Luis.) ¿Y tus pantalones (A Rafael.) para adquirir mi disfraz de diablillo?... ¿Y las botas de éste (Por Luis.) para el frac de aquél? (Por Rafael) ¿Y el reloj de aquél (Por Carlos.) para el billete de ese? (De Carlos.) ¿Y la capa de ese para el rabo mío?... ¡Miralles y nadie más que Miralles! Y todos esos favores inapreciables los pagais haciéndome un feo delante de una belleza!... Vámonos, rica, al ambigú a demostrar a estos desagradecidos que no los necesitamos... (A la Máscara.) ¿Llevas algo suelto?... «¡Dámelo, dámelol!...»

Raf. Nosotros nos vamos, no aguantamos más.

Mir. ¿Me haceis la cruz?... ¿Una retirada vergonzosa?

Luis Es que nos aburrimos mucho.

Mir. ¿Que os aburrís?... ¿Que te aburres?... ¡Haberlo dicho!... No puedo consentir que os aburrais... Toma mi media pareja para que te diviertas... (A Luis.)

Luis (De cuyo brazo se coge la Máscara.) ¡Miralles!

Mir. ¡Que te vas a divertir, hombre, que te vas a divertir! Tiene una conversación que atontolinal... (A la Máscara.) Puedes ir con él con absoluta confianza: es de Tembleque. ¡Con lo que les gusta a las mujeres los hombres de Tembleque!... Esperadnos en el ambigú. (Los hace salir por la derecha, empujandolos.) Para vosotros la otra media pareja...

Carlos ¿Y para ti?

Mir. Yo tengo bastante con una combinación que me traigo.

Raf. ¿Haces el amor a una princesa?

Mir. No, pero le estoy haciendo la rosca a un príncipe. He averiguado que hay en este baile un príncipe que guarda el incógnito; uno de esos príncipes aburridos que andan por el mundo en busca de aventuras. Yo necesito hacerle un favor a ese príncipe. ¿Comprendéis? El se mostrará agradecido y yo viviré como el pez en el agua.

Carlos ¿Y qué favor puedes hacerle?

Mir. Por ejemplo, que tú le des una bofetada.

Raf. Sí que es un favor...

Mir. Señaladísimo... Tú le das una bofetada y yo salgo a la defensa del príncipe. ¡Figúrate la importancia de mi papell!... ¡Lo que se ha-

blaría de mí!... ¡Casi nada!... Porque a ti te dan una bofetada y no suena. Pero figuraos el ruido que mete una bofetada que se le da a un príncipe...

Raf. Conmigo no cuentas para ese favor.

Carlos Ni conmigo...

Mir. (Mirando hacia la derecha.) Mirad qué interesante pareja, y no de gendarmes precisamente...

(Quedan los tres en segundo término.)

ESCENA IV

DICHOS, MARIA y PIERROT

Entran por la derecha, del brazo. María lleva el antifaz puesto y se muestra un poco asustada, volviendo frecuentemente la cabeza

Pierrot Serás dichosa, porque mi fortuna te hará vivir como una gran señora y mi corazón como una bien amada.

María Tengo miedo... Hay un hombre que nos sigue.

Mir. ¿Os habéis fijado en la Colombina que lleva ese tunante Pierrot?

Raf. ¡Pierrot y Colombina?... ¿Cuál de los dos será el que ame?

María (Fijándose en el grupo que forman Miralles y sus amigos, y aparte.) ¡¡Eh!!... ¡Rafaell... (Muy asustada se oculta detrás de Pierrot.)

Pierrot El hombre que te persigue, ¿verdad? (Intenta avanzar hacia Miralles.)

María (Con ansiedad, sujetándole) ¡Quieto!... ¡Por lo que más quiera usted!

Mir. (Retrocediendo.) ¡Demonio!

Carlos (Sujetándole.) No te pierdas, Miralles.

Mir. No dejarme solo, no sea que me pierda. ¡Y se pone así nada más que porque hemos mirado a su Colombina! ¡Qué fiera!

Raf. El que ama es Pierrot. ¡Pobre Pierrot!

(Salen los tres por la derecha.)

María Le juro a usted que no es ese.

Pierrot Entences, ¿por qué te asustate?

María ¡Qué sé yo! Estoy tan nerviosa... (¡Rafael en el baile!... ¿Qué vale entonces su amor, si es falso y vive en la miseria?)

Pierrot ¿Vamos?

María Vamos, sí... Quiero beber más champagne...

Quiero que el champagne ponga risas en mis labios, olvido en mi corazón... Quiero ser feliz!...

(Salen.)

ESCENA V

EL PRINCIPE GUILLERMO y EL SECRETARIO (Tipo caricaturesco.) Entra el Príncipe preocupado, y en actitud pensativa pasea por la escena sin hacer caso del Secretario que le sigue. Luego MIRALLES

Sec. Señor, ¿por qué os obstináis en un imposible?... ¿Por qué se os antoja el amor de esa mujer; de esa mujer que ya tiene su *pan y cebolla*, señor? (El Príncipe pasea sin hacerle caso y el Secretario sigue detrás de él hablándole.) Señor, aquí las hay altas, bajas, diminutas, obesas, finas, entrefinas, y todas alegres, bulliciosas, preciosos juguetes muy adecuados para entretener a un Príncipe que se muere de aburrimiento. Hay donde escoger, señor... (Pero, señor, señor... hasta dónde estoy ya de este señor!)

Prín. Ah, ¿pero estabas hablándome?

Sec. Me parece que sí, señor.

Prín. Es preciso que encuentres a esa mujer.

Sec. Imposible todo intento, señor. ¿No visteis que esa mujer iba bien guardada?

Mir. (Por la izquierda.) (Oh, el Príncipe misterioso... Aquí de tus diabólicas combinaciones, Miralles.)

Sec. Hay otras mujeres, señor.

Prín. Esa o ninguna. Es preciso encontrarla.

Mir. (Buscan una mujer. Mi especialidad.)

Prín. Sólo un momento la ví cuando se quitó el antifaz en el ambigú, y ya nunca podré olvidarla. ¿Me oyes? Ahora que podía ser yo feliz nada haces por tu señor.

Sec. Me ofendéis, Alteza. Sólo por disipar vuestra melancolía os propuse este viaje aventurero que realizamos por Europa.

Prín. Un viaje que aumentará mis tristezas, si no consigo arrancar a esa mujer de los brazos de ese maldito Pierrot.

Mir. (¡La del Pierrot!... Buscan a la del Pierrot... La encontraré.)

- Sec.** (¿Qué hacer?... La secretaria peligra... Mi influencia sobre el Príncipe, peligra... ¡Capaz sería yo por complacerle de dar mi alma al diablol...)
- Mir.** (Tocando en un hombro al Secretario.) ¡Servidor de usted!
- Sec.** (Sorprendido.) ¡Demonio!
- Mir.** Caballero, estoy enterado de todo.
- Sec.** ¡Silencio!... Se trata de la aventura galante de un Príncipe que viaja de incógnito. ¿Cómo ha podido usted averiguar?... ¿Quién es usted?
- Mir.** Miralles, simplemente Miralles, pero para usted soy la Providencia en forma de diablillo.
- Sec.** ¿Cómo?... ¿Usted puede arreglar que el Príncipe y esa mujer?...
- Mir.** Esa mujer... ¡pechs! (Ademán con la mano indicando que es «cosa hecha»)
- Sec.** ¿Está usted seguro?
- Mir.** Cosa hecha.
- Sec.** ¡Oh, qué gran servicio voy a prestar a Su Alteza!... Espere usted un momento. (Al Príncipe que en un extremo de la escena sigue pensativo.) ¡Señor!... ¡Desechad vuestras preocupaciones!... ¡Renazca vuestra alegría!... Esa mujer... ¡pechl! (Hace el mismo ademán de Miralles.)
- Prín.** (Dándole un puntapie.) ¡Majadero!
- Sec.** (Inclinándose.) ¡Señor, a vuestros reales piés!
- Mir.** (Al Príncipe.) Lo sé todo... El caso es sencillísimo... Vuestra Alteza se ha enamorado de una mujer, ha sentido el ¡paf!, el chispazo... ¿No es eso?... Pues lo demás es fácil: se establece la corriente, surge la luz y todo arreglado... En cuanto esa mujer se entere de que sois un personaje, electrocutada.
- Sec.** Pero el Príncipe no puede intervenir directamente, exponerse a un disgusto. Se debe a su patria.
- Mir.** ¿Y para qué está usted aquí? Usted mata al Pierrot, el Príncipe sustituye a éste en el corazón de la amada, yo le sustituyo a usted en la secretaria y usted sustituye a un condenado a muerte en la celda de cualquier presidio.
- Sec.** Es usted hombre de soluciones.
- Prín.** Si usted consiguiera que esa mujer fuera mía, tendría usted mi protección.

- Mir.** ¡Señor!... Es cosa de un instante... Busco al Pierrot, le piso (Pisando al Secretario.), se enzarza la discusión, se levanta la voz, se levanta la mano y ya está el punto principal: la bronca; interviene el público, se hace la confusión; la dama, asustada, pide auxilio, busca la salida... y en este momento llega usted (Al Secretario.), la consuela, la anima, la dice que hay nada menos que un Príncipe enamorado de ella, y cuando sea oportuno llega Vuestra Alteza y la rinde...
- Prín.** ¿Y después?
- Mir.** Después, si lo tiene a bien Vuestra Alteza, condecora los escasos restos que queden de mi persona... Señor, al ambigú, no sea que llegue hasta aquí alguna bofetada perdida... (Al Secretario.) ¡Que me está usted pisando el rabo!
- Prín.** (Haciendo mutis.) ¡Todo por conseguir el amor de la bella desconocida!
- Mir.** ¡Mirad!... Por allí pasan el Pierrot y su pareja... ¡Voy a la conquista del porvenir!
- Sec.** No olvidéis que os ganais la protección del Príncipe.
- Mir.** Eso creo, ¡que me la voy a ganar! (Sale.)

ESCENA VI

EL SECRETARIO

(Mirando por la izquierda.) Avanza decidido... Es un hombre extraordinario... Ahora parlamenta... Suena una bofetada: ya están rotas las hostilidades... Otra bofetada: ya están rotas las narices de Miralles... El pierrot blanco y el diablillo rojo se enzarzan... Miralles embiste derecho... Interviene el público... Ahora le están coleando... La amada de Pierrot huye asustada... Se dirige hacia aquí... El plan del formidable Miralles se cumple al pie de la letra... Llega la dama... Entro en funciones...

ESCENA VII

MARIA, EL SECRETARIO. Luego EL PRINCIPE GUILLERMO

Música

- Sec. Linda mascarita,
cesen tus temores,
que a mi lado nada
puede usted temer.
- María ¡Siento un sobresalto
y siento una angustia,
que voy, caballero,
a desfallecer!
- Sec. ¡Por Dios, cálmese!
María ¡Por Dios, sálveme!
- Sec. (Confidencialmente.)
Hay un Príncipe ideal,
joven, bello y muy gentil,
que en usted se fué a fijar
para amarla hasta morir.
- María ¿Un Príncipe? Me hacéis desvariar.
Ese Príncipe amante y rendido,
¿dónde está?
- Prín. (Que ha entrado hace un momento; acercándose a Ma-
ría, y a media voz como si le hablase al oído.)
Ese Príncipe que se muere de amores
desde que os vió,
ese Príncipe que os ama
soy yo.
Yo soy, señora, el Príncipe,
de un bello Principado
de flores y de sol,
y todo allá en mi patria,
que es un jardín de ensueño,
invita al dulce amor.
- María (Aparte.)
¡Cuántas veces del rudo trabajo
las tristezas, soñando, engañé!
¡Con el príncipe bello y amante
cuántas veces, Dios mío, soñé!
- Sec. (En segundo término.)
Ella está melosa,
él siente pasión...
¡Me he ganado una
condecoración!

- Prín.** Haré de usted la bella soberana
de mi fortuna y de mi amor;
seré el esclavo de sus ambiciones
por ser el dueño de su corazón.
- María** En un ensueño
toda la vida
transcurrirá.
- Prín.** Cuantos deseos
sienta mi reina
se cumplirán.
- María** ¿Esto es un sueño
o es realidad?
¿Será posible
que sienta tanta
felicidad?

Hablado sobre la música

- Prín.** (Muy apasionado, convenciéndola, llevándosela.) ¡Usted es la alegría, el rayo de sol que llena de luz mi alma ensombrecida; usted es el Amor!... Allá, en mi patria, hay un bello palacio bañado por el mar; es un nido que espera el amor, un nido vacío que la espera, a usted.

Música

- María** En mi ensueño,
etc.
- (Haciendo mutis.)
- Prín.** Cuántos deseos,
etc.
- (Salen.)

Hablado

- Sec.** ¡Y se la lleva!... ¡Y la ácaricia!... ¡Y se ríe!...
¡Se ríe!... (Bailoteando.) ¡El Príncipe se ríe!

ESCENA VIII

EL SECRETARIO y MIRALLES

- Mir.** (Entrando.) Hombre, muy bonito, muy bonito: usted bailando y yo hecho la estampa de la herejía... Mire usted cómo llego: des-

trozado, mogón del derecho. (Por un cuerno que lleva caldo.)

Sec. ¿Y qué importa si ella está en los brazos del Príncipe?... ¡Venga usted a los míos, gran hombre!... (Abrazándole.) ¡El Príncipe se ríe!... ¡El Príncipe es feliz!... ¡Se ha salvado el Príncipe! (Da unas vueltas de baile con Miralles.)

Mir. Hombre, por caridad, no me zarandée usted, que no puedo ni con el rabo...

Sec. Sigamos a la venturosa pareja... El Príncipe no olvidará nunca el servicio que le ha prestado usted.

Mir. No me negará usted que me lo he ganado por mis propios puños.

Sec. Vamos... No los perdamos de vista.

Mir. Yo creo que están para perderlos de vista... ¡Ay, Miralles, te veo de Presidente del Consejo de Ministros!... Así, de golpe y porrazo... (Llevándose una mano a la cabeza.) ¡Y tan de porrazo. (Salen los dos.)

ESCENA ULTIMA

RAFAEL, CARLOS, LUIS, PIERROT y MASCARAS

Hablado sobre la música

Pierrot (Entrando por la izquierda, desconcertado, y buscando con ansiedad a María.) ¡María!... ¡María!... ¡Tampoco aquí!... ¡Ha huído!... ¡Y yo la amaba más que a mi vida! (Llora con desesperación, con rabia, ocultando el rostro entre las manos.)

Carlos Le han birlado la pareja.

Luis ¡Quién hace caso del amor de una noche de Carnaval!

Raf. ¡Felices los que tenemos un amor bueno, un amor como el de mi encantadora modistilla! (Salen.)

(Por derecha e izquierda, con mucha alegría, en tropel, entran parejas de Pierrots y Colombinas, sonando látigos con cintas y cascabeles; bailando, dando saltos y cantando rodean a Pierrot, que sigue llorando en el centro de la escena.)

Pierrots y Colombinas

¡Carnavál!
¡Que tus locos cascabeles,
bulliciosos al sonar,
a las almas lleven ansias
de gozar!

(Cae el telón lentamente, mientras los Pierrots y Colom-
binas, con loca alegría, danzan alrededor de Pierrot.)
(Telón.)

CUADRO TERCERO

Un lujoso salón, limitado por una amplia terraza con balaustrada.
En el fondo se ve el mar

ESCENA PRIMERA

MARÍA y MIRALLES

(María con elegante toaleta, reclinada en una «chaise-
longue», fumando un cigarrillo. Miralles, sentado ante
un pequeño «bureau», escribe; viste con extravagante
elegancia.)

Mir. La secretaria de la señora está al corriente.
Ahora, con el permiso de la señora, voy a
despachar mi correspondencia particular.

María ¿Vas a escribir a España?

Mir. A varios amigos de Madrid... Es decir, a es-
cribirles, no, porque se enterarían de mi pa-
radero, y tendríamos en este Principado una
invasión inglesa. Voy a devolverles varias
prendas, algunos objetos que les pedí pres-
tados.

María ¿Y ahora te acuerdas de cumplir esos debe-
res? ¿Después de un año de ausencia?

Mir. No he tenido tiempo; la secretaria de la se-
ñora me ocupa mucho, y luego que uno ne-
cesita expansionarse, tomar el aire y que le
dé el aire al dinero que uno tiene, que ya
es hora de que uno lo tuviera... Con su per-
miso voy a empezar. (Cogiendo de una mesa
que hay sobre el «buró» un cigarro puro y encendién-
dolo.) ¡Ay, qué vida, qué vida te estás chu-
pando, Miralles!... Esta secretaria es una
breva... (Fumando.) pero una breva riquísi-

ma... (Va leyendo papeletas de empeño y metiéndolas en sobres.) «Gabán usado... color indefinido... 3,50...» De intereses, cuatro duros... «Americana con vueltas...» «Jacometrezo, 35.» (Escribiendo los sobres.) Señores don Luis García, don Carlos Rubio, don Alberto Medrano, don... Ya está.

María (Levantándose y dirigiéndose hacia el buró.) ¡Rafael!... ¿Cómo?...

Mir. Rafael Gutiérrez, Rafaelito, un buen chico que andaba enamorado de una modistilla... Pero, ¿qué tiene usted, señora?... ¿Se pone usted mala?...

María ¿Es posible?... ¡Fú, amigo de Rafael!

Mir. Mucho: también le mando la papeletita de unos pantalones a rayas; por lo visto, usted también le conoce.

María Mucho... Fué mi amor, mi primer amor. La ambición me hizo abandonarle. No le hables de mí, no le recuerdes mi nombre. Sólo olvidándome me dejaría de odiar.

Mir. (¡Otro lío!) Deseche usted recuerdos tristes. Sólo piense en que es usted feliz, en que es amada por un Príncipe que la ha instalado espléndidamente en este palacio, en que la colma de atenciones, en que hasta una guardia le ha puesto como si realmente fuese usted una princesa... ¿Qué le falta a usted?... ¿Qué me falta a mí?... (Bueno, a mí me falta la vergüenza, pero da lo mismo.)

María Me falta amor y libertad y vivir en España. No sabemos lo que vale la patria hasta que estamos lejos de ella.

Mir. Pues yo, señora, voy a gusto en el machito. Este Príncipe es una mina. Yo no me voy de aquí tan fácilmente.

María ¿Quién sabe si tendremos que huir?

Mir. ¡Caramba! ¿Qué dice usted?

María El pueblo no ama al Príncipe; los generales del ejército conspiran. El Príncipe ha perdido la cabeza con mi amor, ha hecho verdaderas locuras.

Mir. Yo, de eso, no sé nada, señora... De manera que estamos con un pié en el estribo y con un puntapié encima; que los generales conspiran, que es posible una revolución, que... (Se oye un cañonazo.) ¡Zambomba! ¡Voy a preparar el equipaje!

- (Se oyen más cañonazos con intervalos.)
- María** Salvas... son las salvas de un barco.
- Mir.** Ah, vamos... pólvora sola... Respiro. (Mirando por la terraza.) Es un buque español que marcha...
- María** (Asomándose a mirar.) Vuelve a España. (Agitando el pañuelo.) ¡Adiós!... ¡Buen viaje!... (Envian- do un beso con la mano.) ¡Para que lo desembar- ques en mi patria!
- Mir.** (Arrojando la colilla del puro.) ¡Para que la pi- quen en la Ronda de Valencia!..

ESCENA II

DICHOS y UN OFICIAL por la derecha. Viste el Oficial uniforme rojo

- Ofic.** Señora...
- Mir.** (¿Conspirará también este pimiento?) (Mar- chándose.) Servidor de usted, pollo... (El Oficial le deja paso, saludándole.) Baje, baje usted la mano, que yo no quiero bromitas revolucio- narias. (Se va andando hacia atrás.) No, lo que es éste no me da el puntapié.
(Sale.)
- Ofic.** Señora, los Oficiales de vuestra guardia pi- den permiso para ofreceros sus respetos.
- María** Adelante los apuestos Oficiales de mi guar- dia... Quiero obsequiarles con una copa de champagne.
(El Oficial saluda y sale.)

ESCENA III

MARIA y LOS OFICIALES de la guardia

Música

- (María, reclinada en la 'chaise-longue'. Los Oficiales (tiples con vistosos uniformes) por la terraza; entran y se cuadran, saludando militarmente.)
- María** Gentiles oficiales,
a mi lado llegad.
¡Hoy quiero con vosotros
mi copa levantar!

Ofics.

(Avanzando a primer término con airozas y marciales evoluciones.)

Por vida mía
que es bella la española;
brillando está en sus ojos
del Mediodía el sol;
tiene en su cara linda
claveles andaluces,
la luz y la alegría
de aquel cielo español.

(María obsequia a los Oficiales con champagne; estos chocan sus copas con la de María, y después encienden cigarrillos.)

María

De vuestra bella patria
decid una canción.
Oíd cómo en mi tierra
sentimos el amor.

—
Una reja toda flores
en Andalucía,
una hembra toda amores
juncal y bravía.
Llega un mozo pinturero
al pie de la reja,
y un beso, que dice *te quiero*,
en sus labios deja.
Y cuando él le jura
su loca pasión
ella le contesta
con esta canción:
Si tú me hicieras traición,
te clavaría un puñal
en medio del corazón.

—
Una noche triste y fría,
sin luna y sin flores.
No hay en la reja alegría,
ni rosas ni amores.
El amor en la noche maldita
se hizo criminal,
y han prendido a la mocita
bravía y juncal.
Y mientras la llevan
dice su dolor,
entregando al aire
su triste canción:
Para vengar su traición

la he clavado mi puñal
en medio del corazón.

(María vuelve a tocar su copa con la de los Oficiales, que elogian su canción; después salen éstos por la terraza haciendo evoluciones.)

Ofics.

Por vida mía
que es bella la española, etc.

(María enciende un cigarrillo, se echa en la «chaise-longue» y despide a los Oficiales, sonriéndolos.)

ESCENA IV

MARIA y EL GENERAL

Hablado

- Gen. (En el foro.) Señora...
- María ¿A qué venís, general?
- Gen. ¿Por qué me lo preguntáis si lo sabéis? Ven-go a pedir os que libréis a mi patria del hombre que por vuestro amor labró la desgracia de su pueblo.
- María Ya os he dicho varias veces, general, que estoy dispuesta a huir del Principado, a separarme para siempre del Príncipe Guillermo. Haced que la guardia de Palacio proteja mi huída.
- Gen. La guardia está comprometida en la revolución, protegerá vuestra huída cuando hayais realizado el acto que los revolucionarios esperamos de la que fué la ruina de nuestra patria y puede ser su salvación.
- María Exigís demasiado. Yo no soy una mujer criminal.
- Gen. ¿Amáis al Príncipe?
- María No; a su lado me ha traído la ambición que me ha dominado siempre, que me ha hecho capaz de todo.
- Gen. ¿Y de matar al Príncipe también?
- María No, eso no... Si para el bien de vuestra patria necesitáis su vida, haced que lo maten fuera de mi palacio; pero no pretendáis que yo...
- Gen. El Príncipe sólo sale de palacio cuando viene a ver os; sabe que el pueblo le odia, y se guarda de él... Esta tarde, cuando den las siete en el reloj de la catedral, estallará la

- revolución... Entonces estaréis aquí sola con el Príncipe, como todas las tardes, y entonces debéis clavarle en el corazón este puñal.
- María** ¿No os basta con que el Príncipe y yo salgamos para siempre de este país?
- Gen.** El Príncipe en el destierro sería un constante peligro para mi patria; necesito que le matéis. (Deja el puñal en el 'buró'.) Ya os he dicho que elijáis: una fortuna y la libertad para que podáis marcharos a vuestra España, a cambio de la vida del Príncipe, o...
- María** Mi vida, ¿no es eso?
- Gen.** No; sois ambiciosa y hay un martirio que os hará sufrir horriblemente: viviréis sin dinero, sin poder salir nunca de este país, tendréis que mendigar toda vuestra vida, y el pueblo responderá a vuestras súplicas escupiéndoos al rostro, para vengar así todo el daño que le habéis hecho.
- María** Sois demasiado cruel.
- Gen.** ¿Qué decidís, señora?
- María** ¿Decís que me haríais dueña de una gran fortuna, una fortuna mía, que yo podría manejar a mi antojo, allá en España?... Dejadme, general, dejadme sola...
- Gen.** (Desde una lateral.) Señora... No olvidéis...
- María** Dejadme, os lo suplico. (El General saluda y sale por el foro izquierda. Haciendo mutis por lateral derecha.) ¡La ambición, siempre la ambición!

ESCENA IV

EL PRINCIPE GUILLERMO y un OFICIAL

- Prín.** Puedes retirarte... No está ella... Sin embargo, retírate... Prefiero estar solo.
- Ofic.** (Saludando y haciendo mutis.) Alteza...
- Prín.** Todo tiene el perfume de ella... ¡Mary, Mary, adorable mujer!... ¡Qué grato es estar solo en la estancia predilecta de la mujer amada!... ¡Y qué grato también curiosearlo todo!... (Viendo un libro abierto.) Versos... (Mirando en el 'buró'.) Aquí escribe a España, a su España... (Examinando el puñalito.) ¡Lindo juguete!... (Riéndose.) Para matarme, si la olvidara... Estas españolas son terribles... Saben amar y saben matar.

ESCENA ULTIMA

EL PRINCIPE y MARIA. Luego Militares y Gente del pueblo

- María** (Por la lateral.) Alteza...
- Prin.** ¿Alteza?... Nunca me has dado ese tratamiento. Mal está la pleitesía en labios de quien es reina. ¿Me esperabas?
- María** Sí, te esperaba.
- Prín.** (Abrazándola.) ¡Mary, mi vida!
- María** ¿Yo tu vida?... ¿Por qué has venido?
- Prín.** Sólo a tu lado soy feliz... Por ti he perdido el cariño de mi pueblo; por ti se derrumba mi trono... Y sin embargo, soy dichoso... (María se muestra muy preocupada.) ¿No me escuchas?... ¿Qué tienes, Mary?... ¿Estás enferma?...
- María** Un poco enferma... Tengo fiebre... (Se dirigen a la terraza; el Príncipe la lleva abrazada. Pequeña pausa.)
- Prín.** No temas por mí... ¿Oyes el oleaje del mar? Pues ese mar tendrá para nosotros un camino risueño por el que iremos hacia un país tolerante, humano, en el que amarse no sea un delito... (María, angustiada, mira al cielo, ensimismada en una idea fija. Ya se ha hecho de noche.) Allí tendremos nuestro nido, una casita con un estudio de pintor; yo entre-tendré mis ocios de Príncipe desterrado, pintando; tú me servirás de modelo... (Un reloj lejano da las siete. María va al "buró" y coge el puñal, procurando no ser vista por el Príncipe.) ¿POR qué te apartas de mí?... Ven, Mary... (Ella se va acercando al Príncipe poco a poco, temerosa, casi trágica.) Más cerca, más... (Abrazándola.) así... ¡Bien vale tu amor un trono! (María va a clavarle el puñal sin que el Príncipe lo advierta, pero no se atreve a consumar el crimen y retrocede aterrada.)
- María** ¡¡Ah!! (Tirando el puñal.) ¡No, esto no!
- Prín.** ¡Mary!

Música

(En la orquesta se refleja el momento trágico. Dentro se oye el clamor de los revolucionarios. La escena se

ilumina con el resplandor de las antorchas. El estampido del cañón contribuye a hacer más siniestro el cuadro. Las voces se oyen cada vez más cerca.)

Prín. ¡La revolución!... ¡Estamos perdidos!... Todas las puertas cerradas!... ¡Mary, a mi lado; moriré defendiéndote!... (La abraza.)

María (Haciendo girar el «buró» que deja al descubierto la salida secreta.) ¡Por aquí, Príncipe, por aquí!

Prín. ¡Tu amor me salva!

María ¡Pronto, huye pronto, ya llegan!

Prín. Contigo... ¿Qué vale mi vida sin ti?

María Vamos... Yo te guiaré?...

Prín. ¡Qué buena eres, Mary!

María ¡Soy española, Príncipe!

(Salen. Desde dentro vuelven a girar el «buró», quedando tapada la salida. En la orquesta crece el rumor de la revolución. Por la terraza y laterales entran en tropel Militares y Gente del pueblo, mientras descende el telón.)

CUADRO CUARTO

Un estudio de pintor en los altos de una casa de los arrabales de París. Un amplio ventanal al foro, por el que entra a raudales la luz del sol. Un caballete con un lienzo a medio pintar, cerca de la ventana. Varias sillas. Puertas laterales; la de la derecha da a la escalera de la casa.

ESCENA PRIMERA

MARIA y MONSIEUR DUBLOT

María (Ante el retrato que hay en el caballete.) El parecido es exactísimo. Guillermo es un gran artista... Le ha hecho a usted un retrato admirable...

Dublot (Despreciativo.) Sí...

María ¿Cuándo va usted a mandar por el retrato?

Dublot Nunca.

María ¿Cómo?

Dublot Quiero que Guillermo me haga otro.

María Pero, señor Dublot, si ya le ha hecho a usted cuatro.

Dublot A pesar de ello, quiero que me haga otro.

María Es usted muy difícil de contentar.

- Dublot** ¿Y qué le importa a usted si yo pago cuantos retratos me hace Guillermo?
- María** Sin embargo, la dignidad del artista sufre; no todo se arregla con dinero. Otro retrato mejor que este no podrá hacerle a usted.
- Dublot** Pero mientras pinta otro yo podré verla a usted. Esto de los retratos es un pretexto. A mí me tienen sin cuidado que me pinten.
- María** Es claro, usted se pinta solo.
- Dublot** Yo vengo aquí por verla a usted. Soy un enamorado de España, y usted es la encarnación de España. Usted debiera llamarse Carmen.
- María** Pero como no me llamo así, el encanto se ha roto.
- Dublot** No importa; yo le llamaré a usted Carmen... o amor mío.
- María** Eso es una locura, señor Dublot.
- Dublot** Así que...
- María** Pierde usted el tiempo, señor Dublot. No se haga usted más retratos; es un consejo.
- Dublot** Nunca creí en usted tanta crueldad.
- María** ¡Qué remedio! Ha llegado usted tarde.
- Dublot** No volveré a verla a usted... Adiós, señora.
- María** Hasta nunca... Veo que es usted razonable. No vuelva usted más... Allí donde el amor vive, es inútil que la ambición llame a sus puertas...
- (Sale monsieur Dublot y tropieza con Miralles que entra con una cesta llena de hortalizas, algunas de las cuales caen al suelo.)

ESCENA II

MARIA y MIRALLES

- Mir.** ¡Las calabazas! (Recogiendo del suelo las hortalizas.) ¡Los pimientos!... ¡Los tomates!... ¡Menudo pistol!... ¡A lo que has llegado, Miralles!... Vas por las rues de París como una criada de treinta reales por la plaza de la Cebada... Si me vieran en España, se reirían... En cambio en París soy el encanto de grisetas y mindinetes... Me asedian, me citan en los cabarets, me comen con los ojos, me comen la compra... ¡Y cómo les

gustan los españoles!... Creen que todos tenemos coleta... (A María.) ¿Me toma usted la cuenta?

María
Mir.

Pero ¿también hoy has ido a la compra? No hay más remedio. Quiero ganarme el pan que el Príncipe me da a comer. Todos hemos descendido. El Príncipe, en el destierro, no es más que un pintor bastante mediano, y usted, de amada de un príncipe reinante, ha pasado a ser la compañera de un artista sin dos pesetas.

María
Mir.

Y tú también has descendido bastante. Y muy contento por haber salvado la vida, ¡Qué serie de peligros, qué zozobras hasta vernos en París!

María

¡Pobre Miralles. ¡Con qué nostalgia recordará aquella secretaría con que pagó el Príncipe tus buenos servicios!...

Mir.

Aquella secretaría era una bicoca; pero confío en que volverá pronto a mi poder. La república se tambalea, está a punto de caer. Ya verá usted como el Príncipe vuelve a reinar.

María

No lo quiera Dios. ¡Es tan hermosa esta vida!... Entre el amor de Rafael, el pobre estudiante, y el amor del Príncipe Guillermo, se encierra la novela de mi vida. En ella sólo hay dos páginas bellas: la primera y la última, y las dos, para vergüenza de los sueños de ambición, tienen aroma de humildad.

Mir.

(Aparte.) Esta se ha puesto demasiado romántica y yo estoy haciendo el ridículo con la cesta en la mano. (Entra por lateral izquierda, sale en seguida sin la cesta y con una escoba y se pone a barrer junto a la puerta lateral derecha, que abre. María arregla los tiestos que hay en el ventanal, cortando algunas flores que se prende en el pecho. Barriendo.) ¡Perejil, perejil, perejil!

ESCENA III

DICHOS y MADAME MONESTIER

Mad.

(En la puerta.) ¡El demonio del hombre!... ¡Echando la basura a la escalera!

Mir.

¡Oh, madame Monestier! La más ilustre

portera de París, la más distinguida cotorra del barrio latino, llega usted como un ángel: entre nubes.

Mad. ¿Le parece a usted decente llenarme las escaleras de basura?

Mir. Un descuido; porque yo soy de los que acostumbran a barrer hacia dentro.

Mad. La culpa es mía, que he admitido en la casa gentes de poco más o menos, porque ustedes son gentes de poco más o menos.

Mir. (Cogiéndola de un brazo.) El día que usted se entere de quién vive en esta casa, se queda usted patitiesa.

Mad. Cállese, cállese; español había usted de ser; decir español es decir bolero.

Mir. O garrotín o farruca. Yo le bailo a usted lo que usted quiera.

Mad. ¡Usted no me baila nada!

María ¿Ya están ustedes riñendo? Son ustedes incorregibles.

ESCENA IV

DICHOS y el PRINCIPE

Prín. (Entrando.) ¡Mary!

María (Corriendo a abrazarle.) ¡Guillermol

Mir Creo que estorba usted, madame Monestier.

Mad. Estamos haciendo un papelito... O me abraza usted o nos vamos.

Mir. ¡Nos vamos, nos vamos!
(Salen derecha.)

ESCENA V

MARIA y el PRINCIPE

Prín. Te traigo flores. (Por un manojo de claveles que le ofrece.) Son claveles, se abrieron bajo el cielo de tu patria.

María Mi patria es la que da asilo a nuestro amor.

Prín. Quiero que te los prendas en el pecho y que los luzcas por los bulevares; te llevaré

por ellos de mi brazo, como todas las noches. y cuantos nos vean, ignorando mi condición, dirán: él es un pobre artista del barrio latino; ella, una pequeña española, que le da la alegría del amor en el aroma de unos claveles andaluces... Y el pobre artista y la pequeña española pasean su dicha por los bulevares sin que nadie sepa de ellos otra cosa sino que se aman y son felices... ¡Qué hermosa libertad, Mary!

ESCENA VI

DICHOS, MIRALLES y MADAME-MONESTIER

- Mad.** (Entrando precipitadamente por la derecha.) ¡Señor!
¡Señora!
- Prín.** ¿Qué ocurre?
- Mad.** Un caso estupendo..
- Mir.** (Precipitadamente por la derecha.) ¡Por fin!... ¡Lo que yo esperaba!... Lo que tenía que ocurrir!
- María** ¿Pero qué sucede?
- Prín.** ¿Puede saberse lo que les ocurre a ustedes?
¡Hablen ustedes de una vez!
- Mad.** } (Inclinándose.) ¡Señor!
- Mir.** }
- María** (Riendo.) ¡Se han vuelto locos!
- Mad.** Unos señores oficiales vienen buscando al Príncipe... ¡Al Príncipe!... ¡Qué barbaridad!
- Prín.** ¿Qué dice esta mujer?
- Mir.** (Separando a Madama.) ¡Quítese usted de enmedio, señora! (Al Príncipe.) Ha de saber vuestra Alteza...
- Prín.** ¿Eh?
- Mir.** Sí, vuestra Alteza... Ha de saber que hemos vencido, que la república ha fracasado en nuestro Principado, que habéis sido restituido al trono, que vienen en busca de vuestra Alteza, que sois otra vez Príncipe reinante...
- Una voz** (Dentro.) ¡Viva el Príncipe!
- Voces** (Dentro.) ¡Viva!
- María** (Emocionada.) ¡Guillermo!
- Prín.** (Abrazándola.) ¡Mary!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, el SECRETARIO y OFICIALES

- Sec.** (Entrando.) ¡Viva el Príncipe!
(Los Oficiales, muy cuadrados, saludan militarmente.)
- Mir.** }
Mad. } ¡Viva!
Ofics. }
Sec. Señor, la emoción me embarga... Se os espera en el Principado como al salvador; sois el Príncipe querido de vuestro pueblo. ¡Al fin reconocen que he sido bueno para ellos y ellos injustos para mí!
- Prín.** El pueblo ansía aclamaros; pero os quiere solo, independiente, curado de aquella locura de amor que comprometió la felicidad del Principado, dispuesto a unir vuestra vida a la de una princesa en un matrimonio ventajoso a la patria.
(Miralles hace un gesto de contrariedad. María se retira a segundo término, cerca del ventanal en actitud triste.)
- Prín.** El trono a cambio del amor de Mary, ¿no es eso?
- Sec.** Esperamos vuestra decisión.
- Prín.** Sois crueles.
- Sec.** Se trata de vuestra felicidad, señor, y también de la felicidad de vuestra patria. ¿Qué decidís? ¿Aceptáis el trono, verdad?
(Momento de ansiedad en todos.)
- Prín.** No... A ese precio no lo quiero... Mi amor bien vale un trono; un trono es poca cosa para dar por él un amor.
- María** (Con alegría.) ¡Ah!
- Sec.** ¿Es posible?
- Mir.** ¡Sí que han hecho ustedes un viajecito!

Música

(En la orquesta se inicia muy piano un motivo. El Príncipe se deja caer en una silla, frente al ballette, y queda pensativo. María se acerca a él y le abraza.)

Recitado

María

¿Estás llorando?

Prin.

No, llorando, no...

María

Sí, estás llorando... Gracias, Guillermo... Yo sabré consolarte... No llores por la patria perdida; cualquier rama es buena para hacer un nido; cualquier tierra es hermosa para vivir un amor...

TELON

Obras de los mismos autores

- Los placeres de una siesta*, revista en un acto.
La falda-pantalón, apropósito en un acto.
Bazar español, revista en un acto.
El caño gordo, entremés lírico.
La novia del torero, sainete en un acto.
El club de la alegría, revista en un acto.
La alegre Primavera, revista en un acto.
El marido ideal, juguete cómico en tres actos.
La loca ambición, novela escénica en un acto.

Precio: UNA peseta